

— ¡Por Dios, señora Jecker! exclamó apenada la Salas; no me aflija usted ni interprete mal una conversación inocente.

— Ni usted crea que le dí importancia á lo que no la tiene. Voy á enseñarle á usted el mecanismo con que se sujeta el collar, á ver si es idéntico al del que usted perdió.

— No haga usted eso, me suplicó, deteniéndome las manos: nos faltaría tiempo para pasar al salón del trono: ya nos llaman y no convendría que fuera usted sin sus insignias.

En efecto, ya el Gran Mariscal me hacía señas para entrar; ya la Emperatriz estaba en el trono, y luego que nos colocaron en el sitio que nos habían destinado, empezaron las felicitaciones de los cuerpos del Estado, Mariscal Jefe del Ejército francés, colonia alemana y demás agrupaciones. Aquello se prolongó enormemente, pues los felicitantes, sobre todo si eran del país, lanzaban discursos que equivalían á uno ó varios volúmenes. El último de los felicitantes fué don Luis Cuevas, que cuando todos aguardaban que hablara á nombre del Tribunal de Cuentas ó de no sé qué Tribunal á que pertenecía, empezó á leer... una oda de dos mil quinientos versos con este tema fecundísimo: «Chapultepec convertido en mansión imperial».

Por no cometer una falta al protocolo, Carlota aguantó aquella tenia versificada, que bien habría llegado al castillo en proyecto, subido hasta el pararrayos, vuelto á México y restado un buen trozo con que ahorcar al autor. Es-

taba la Emperatriz pálida de ira y de cansancio, mas tuvo la fuerza necesaria para responder á las felicitaciones en español, francés, inglés y alemán, en el idioma que le habían sido dirigidas.

Pero estaba escrito que no habían de terminar las desazones de S. M. con la lectura del esperpento de Cuevas. Para la tarde había dispuesto un gran banquete, y á la hora convenida Pancho Mora avisó á Almonte que todo estaba listo; Pamuceno lo comunicó á los Emperadores, que esperaban en la Sala de Carlos V y que se dirigieron á la de Audiencias, pasando por la Galería de Pinturas, deteniéndose en la de Iturbide, donde estaba dispuesto que hablaran á los convidados.

Acompañaba á la Emperatriz una dama que iba á presentarle á los invitados que no pertenecían á la corte, y al Emperador Felipe Barrio, que acababa de engalanarse con los títulos de conde de Alcaraz y vizconde de Casa Rengel. Empezó Carlota por el extremo de la fila que ocupaba doña... pero no, no diré su nombre, porque no quiero amargarle sus últimos y cansados días. La dama hizo la presentación, y cuando Carlota se inclinaba, la dama presentada respondió con un:

— ¿Qué hace, Carlotita? ¿Cómo le ha ido, mi alma? — mientras trataba de darle el abrazo mexicano.

La Emperatriz se sintió de seguro con ímpetus de cascar las liendres á la importuna, pero supo dominarse y



pasó á la señora siguiente, que estaba un poco más ducha en negocios de corte.

La comida, ¡Jesús, no quiero recordarla! Si en ese día no se convencieron los monarcas de que no habían de hacer letra con los mexicanos, deben de haber tenido la mejor correa del mundo.

¡Qué servicio! Entre plato y plato pasaban muchos minutos; el vino era malo y estaba torcido; los criados procedían quizás del peor de los figones, pues lo que llevaban lo llevaban tarde, mal y de mala gana. ¡Y aquello había costado seis mil pesos y estaba á cargo del cocinero mayor de S. M.! El marqués de Rivas Cacho, que estaba á mi lado, pidió un tenedor á uno de aquellos modorros sirvientes; el chico fué á traer el instrumento; pero como viera al pasar por un espejo que su peinado no tenía la cantidad de bandolina que había menester, se peinó con el tenedor y lo llevó al marqués.

Nos reíamos del incidente Mora Villamil y yo, cuando me fijé en dos ó tres desconocidos que me habían llamado la atención por sus caras patibularias.

— Son caballeros muy distinguidos: aquí se les llama el señor General, el señor Coronel, el señor Consejero de Estado, el señor... lo que usted quiera. En los caminos se les llama *compadritos*, *mañosos*, conservadores y liberales... Ese que nos mira tan foscamente, de grandes barbas, de frac que parece hecho en el cuerpo y de cuello taurino, es

el famoso *Cantimplora*, guerrillero que entró á saco en diez y seis pueblos, violó diez doncellas en un solo día y mató en tres años y por su propia mano á ciento cincuenta enemigos... Ahora es el señor Consejero de Estado, Gran Cruz de Guadalupe, etc., etc... El que está á la derecha de Doloritas Quezada, es otro que tal: le llamaban *El Gallo Pitagórico*, y como le hubieran sacado de la cárcel para sustraerle á la justicia francesa, él habló con el Emperador y obtuvo que le reconocieran el grado de general que se había dado á sí mismo... Sigue á la izquierda de Faustinita Gutiérrez un mozo de buenos ojos, cabellera rizada, nariz aguileña y modales encogidos... ¿Sabe usted quién es?... Tiene el mote de *Pájaro azul*, y voy á explicarle á usted qué casta de pájaro es: roba, estupra, mata, secuestra, fusila; eso es claro... pero tiene la especialidad en su manera de infligir tormentos, pues ha inventado muchos que valen la pena por la novedad y la gracia que revisiten...

Habría seguido el buen marqués diciendo nuevas gracias del *Pájaro* cuando me distrajo un ruido especial y vimos un objeto que rodaba hasta encontrar el plato de la Emperatriz: mi señora doña... una aristócrata de vieja alcurnia que aseguraba haberse codeado con todos los reyes del orbe, había tratado de romper un huevo empleando una maquinilla que entonces estaba muy en boga; pero ó el aparato marró ó la vieja dama no supo hacerlo funcio-



nar, y el huevo fué á rodar por la mesa dejando rastros de clara y yema en el mantel. Cuando todos nos veíamos espantados, la autora del sucedido exclamó en voz alta:

— ¡Maldito *blanquillo*; si estaba duro como piedra!... Y luego ¿quién entiende estas *estramancias*?...

Siguió el servicio, que por cierto era unos deliciosos *ballotines de cailles en cerise*, cuando sentí que me tiraba del vestido una señora que llevo mencionada varias veces en estas páginas. El general Berthier, que estaba entre las dos, se inclinó un poco para que ella pudiera hablarme y debe de haber oído lo que me indicó creyendo darme un buen consejo:

— No coma ese animal, que va á hacerle daño... Está corrompido...

— No, señora, exclamó Berthier; está delicioso; pruébelo usted; ha sido el único plato bien servido.

Hizo mi amiga grandes impulsos por enterrar el diente en la carne sabrosísima del ave, pero se le resistía; pretendió comer la gelatina, pero se le figuraba que habían puesto allí por broma aquella cosa movediza, desabrida, incolora, mechada con pedacitos de algo que parecía carbón vegetal.

A poco empezó á oirse, primero discreto y apagado, después claro y distinto, el golpear de tenedores y cuchillos contra la mesa: eran los nuevos consejeros, generales y coroneles que habían cogido de las fuentes nueces, al-

mendras y avellanas y las cascaban á su sabor buscando con grandísimo empeño hasta los últimos pedacitos comibles; algunos que no encontraban suficientemente capaces los cabos de los cuchillos, cascaban la nuez ó la avellana con los dientes, y sacándoselas de la boca comían la fruta exquisita.

No sé cómo conseguiría Pedro Negrete que hubiera un poco de silencio en la asamblea, pues cuando sonó el primer taponazo del champaña ya había cesado la tarea de los roedores y Almonte estaba en pie, con la copa en la mano, diciendo un brindis conceptuosillo y fastidioso, « que para aquel intento aprendió de memoria », como el elefante de la fábula.

Apenas acabó su discurso el Gran Mariscal y empezaron á encenderse fósforos, á salir cigarros y puros y á quemarse en las llamas de las velas ó en las de las cerillas que estaban listas; eso sí, con el ceremonial vigente entre los fumadores: « Encienda usted... » « No, después... » « Está en buena mano... » « De estos chiquitos... » « No, gracias, soy de á caballo... »

Carlota estaba como unas granas y habría confundido ó mandado confundir á aquellos bellacos si no hubiera visto que su marido apencaba con los violadores de la etiqueta, temeroso quizás de que los muy maulas se pasaran á la República. Pero cuando no se pudo reprimir fué al ver que una señora que estaba inmediata á ella encendía en la bu-



jía el *macuchito*, lo encorbaba, lo doblaba, le daba tres chupetes, y tendiendo la cajetilla á la Emperatriz, le decía en voz alta:

— ¿No chupa V. M.? Son legítimos del Monzón...

— Gracias, señora, me lo prohíbe mi médico, dijo Carlota levantándose enojada y resuelta á no convidar á nadie sin haberlo sujetado á examen de urbanidad y buenas maneras. Mas iba tan excitada, que cuando vió que Faustina Gutiérrez se tapaba el escote del corpiño con la cola del traje para no recibir el aire y la lluvia que entraban por una ventana abierta, le dijo á Almonte en voz claramente perceptible:

— ¿Y usted, general, no se preserva de la lluvia?

— ¿Cómo, señora?

— Echándose por la cabeza los faldones del frac: no se le ajen ó se le manchen los bordados con esa lluvia importuna; es menester que seamos económicos.

Rió Almonte como si hubiera oído la cosa más graciosa de su vida, rieron todos los que se hallaban cercanos, y hasta la misma interesada, que se disculpó con sus enfermedades, rió con risa de conejo. Por eso no escucharon la conversación que sostenían tres ó cuatro de los nuevos Grandes Cruces, Oficiales y Caballeros de Guadalupe que se habían segregado del Pequeño Séquito para continuar fumando sus tagarninas.

— Amigo, si con estos *chupiturcos* anda uno como ensi-



— ¿Cómo, señora? — Echándose por la cabeza los faldones...



lao... Y luego las malditas colas... ¡Qué diera yo porque me vieran así en Pungarabato!...

— Le apedreaban los muchachos, don Rafael.

— Yo me traje aquí á mi compadre Fabián.

— Yo, compadre, francamente, ni quería venir...

— Sí, no quería venir no más porque no le habían convidao...

— ¿Le parece poco?

— Sí, yo le dije: «Vamos, compadre, á comer con el Emperador...» — «Pero, compadre, si no tengo *leva* ni estoy convidao...» — «Lo de la *leva* no le hace; se la manda hacer mañana mesmo; lo del convite, menos: un convidado convida á cien...» — Y me lo traje, porque como la invitación decía: «Señor coronel don Rafael Trejo y señora», yo habilité de señora á mi compadre Fabián.

